

DECORACION

Callejuela retorcida de los suburbios, junto a una plazoleta tranquila y antañona. Humedad resbaladiza. Chusma. Gritos prendidos en el aire. Crepúsculos... A la derecha, un caserón enorme. En el primer piso tienen su local social, a manera de realquilados, las más variadas entidades; yo recuerdo haber leído los rótulos de una agrupación agrícola, de una Peña recreativa, de un centro excursionista, de una sociedad de baile, de la redacción de un semanario y de esta pimpante academia de cinematografía, de que quiero hablaros.

El «aula» es una habitación destaralada, de grandes dimensiones, donde los socios de la Peña recreativa juegan al tresillo cuando no hay clase. No hay nada que sobresalga por bueno; en cambio, son de anotar una lámpara lamentable, una cristalera en que la mayoría de sus componentes han fallecido de muerte violenta, y unas sillas desvencijadas estabilizadas en las posiciones más inverosímiles.

LOS PERSONAJES

El profesor es un hombre indefinible; un hombre en gris menor. Viste de color gris, tiene los cabellos grises, la mirada gris, y la voz agrisada de monotonía; sólo salpican su verbo unas guturales exóticas y carrasposas. Ordena con un gesto desdibujado que pretende ser desenvuelto y cuando sonríe muestra un diente de oro que hace juego con el dije y el anillo; todo de gran tamaño...

Para sus discípulos, este hombre es un semidiós, un hombre a quien habrá que debérselo todo... ayudan a este concepto sus poses interesantes y su verbo extranjerizado. Para los demás, para los profanos, este hombre sobrepasa muy poco la categoría moral del vividor.

¿Los alumnos?... Los conocemos todos: obrerillos y modistillas, que sueñan en Hollywood como los niños en los Reyes Magos... Jóvenes, muy jóvenes todos... Se creen con una vocación irresistible.

—Yo creo que no existe esa vocación, o al menos esa vocación de arte; quizás solamente una aspiración de bienestar, de popularidad a lo sumo...

—Ellos. Ellos son hombres a quienes domina, por encima de todo, la preocupación de ir bien peinados; se diría que la raya impecable y el pelo reluciente, son las claves del éxito. Suelen ser, además, horriblemente inmodestos: todos se creen con el arte de un Jannings, incomprendido, o en la belleza de un Valentino, por explotar. Hacen gestos amplios y desenfadados—como los artistas norteamericanos—se rien fuerte, enseñando los dientes y presumen de guapos.

En cuanto a ellas, ¡oh, ellas!, son para el analista un tipo interesantísimo. Son bonitas todas—lo cual no quiere decir que sean todas bellas—; su coquetería femenina se agrava con el uso de la «pose» premeditada y del deseo infinito de gustar. Son románticas, con un romanticismo averiado, «sui-generis» y han leído una barbaridad de argumentos de película. Se saben al dedillo la vida y

Academia de Cinema- tografía

milagros de las heroínas de la pantalla, y están enamoradas, romancescamente, de algún actor.

LA ACCION

La hora de clase nos hace reír a los profanos. A ellos, a los ilusionados, no. Escuchan con una atención religiosa, estática.

No se impresiona película alguna. La Academia se limita a educar el gesto de los alumnos, merced a una reiterada labor de ensayos.

El profesor ordena una ficción. Con un poco de fantasía se advierte que aquéllo quiere ser una escena de tabernuche apache; seguidamente un futuro ídolo se desmelenara aparatosamente, llorando y arrugando de un modo lamentable un papel que retuerce entre sus manos—sin fantasía, todos estamos de acuerdo en que aquel papel es un aleveo anónimo en el que se duda de su honorabilidad—. Luego el profesor ordena a un alumno que finja una borrachera formidable; el alumno demuestra a las claras que no se ha embriagado jamás...



Luego el más sobresaliente de los discípulos mima una escena de amor con la «primera actriz» de la academia: al final, un apasionado beso... en la frente, que llena de rubor a la alumna más aventajada.

¿Eso es todo?... Todo. La clase ha terminado y los alumnos se desparraman por la calle con un algarabía de pájaros sueltos. Al día siguiente, en cuanto salgan del taller, acudirán obedientes a la Academia de cinematografía, sin retrasarse ni un minuto, sin faltar una sola vez.

INTERVU

Alguien me presentó a una de las alumnas. Modistilla. Chiquita y bonita y sonriente, como suelen ser ellas. Me alargó la mano con un gesto lánguido, verdaderamente peliculero, y un gesto que envidiaría la misma Gloria Swanson.

—Siente usted vocación por el cine, a lo que veo.

Se iluminan sus ojos pícaros. —¡Oh, mucha, mucha! Tengo espíritu de artista de cine; ¡todo el mundo me lo dice!..

Hay en sus palabras un convencimiento tal, como si en realidad todo el mundo se lo dijera.

—¿Qué género le gusta a usted más?—la pregundo.

—El dramático...—me contesta rápidamente; pero no como la Bertini, ¿eh? ¡No vaya a figurarse!..

—No, no me lo figure—la digo para tranquilizarla—. Y usted, ¿qué actriz prefiere?

—Yo, ninguna. No hay ninguna que me guste sdel todo, en todos los papeles...

—Pero no me negará usted que hoy día existen artistas bien completas... Esa Alicia Terry, esa Lya de Putti, esa Pola Negri...

—Psé... ¡puede ser! No se lo niego; pero...

—¿Y actores?

—Rudy, nada más que Rudy. Me siento horriblemente ignorante.

—¿Quién es Rudy?

Me mira asombrada.

—¡Valentino! Rodolfo Valentino.

¡El malogrado!..

—¡Ah!..

Una pausa. Ella:

—¡Pobre Valentino!

—¡Pobre!

Un suspiro hondísimo de mujer.

HOLLYWOOD

¡Hollywood! He aquí el objeto de los ensueños alucinados, de las esperanzas químéricas, de los insomnios tenaces.

Hollywood era antes una irrealdad. Se soñaba en Hollywood como en un paraíso inasequible. Pero esta María Casajuana y este Antonio Cumelles que se han instalado en la Meca del Cinematógrafo, por obra y gracia de un concurso de fotogenia, han hecho ver su aseguibilidad, casi su realidad. ¡Se puede ir a Hollywood! Es cierto. Pero el camino es espinoso. Todo se vuelven obstáculos, y el fracaso, silencioso, inexorable, es para la imberbe mayoría de los alucinados por la pantalla, que sienten desmoronarse el castillo de naipes de su fantasía al soplo del desencanto...

GUILLERMO DIAZ PLAJA

CUENTOS CINEMATOGRAFICOS

Lo pequeño que es el Mundo

Pasó la pequeña sierpe roja de la lengua por la nena, y cerró el sobre. Aun, antes de guardarlo, comprobó si la dirección era exacta y si aquella palabra — Hollywood — que “se la atragantaba”, fué escrita debidamente.

—¿De escritura, menita? Era el marido. No se sobresaltó, emper, ella, como si no debiera sobresaltarse.

—De escritura, sí — dijo, y mostró la carta, que el confiado no miró siquiera.

John Wladymor, recibía una carta como aquella, exactamente todas las semanas, desde hacía dos años. Es decir... como aquella, no: el mismo pliego azul, la misma letra picuda de educanda de colegio caro, pero en aumento la pasión del escrito, a cada carta.

John Wladymor, llegó a Urbegrís una mañana en que llovía, como era suceso cotidiano en la ciudad, y sonrió a los transeuntes desde las esquinas.

Llegó, claro es, la efigie del artista nada más; que fué primero sonrisa permanente en los carteles, mostrando la dentadura impecable, y luego animada gracia de mozo afortunado y sano, y rico, en la pantalla del “Salón Moderno”, a cuyos “miércoles de moda” concurrían la aristocracia y la clase media de la ciudad, con mucho golpe de sombreretes en las damas, “que realizaban con su belleza el aspecto “e gran solemnidad que la sala ofrecía” — al decir del cronista de sociedad de “El Eco del Comercio”, periódico local — y mucha brillantina en las testas de los varones.

Las damitas urbegrisenses, no tardaron en enamorarse locamente de John Wladymor, conforme les ocurrió antes que a ellas — ¡tan olvidado su “cine” provinciano! — a todas las doncellas de la tierra.

Realmente, el galán universal, poseía, además de los dientes de que antes se hizo mérito, una mirada húmeda y cálida, de indio joven, y un portentoso guardarropa, elementos capaces por sí solos de enamorar a toda una generación de señoritas.

Gloria Hernando, legítima esposa del acaudalado hombre de negocio y filantropo compatriota — los adjetivos van a cargo del “Montecristo” de Urbegrís — don Carlos Huerca Overa, se enamoró también, casada y todo, como una señorita.

Y cierto día, de la ciudad histórica,



de la ciudad guardada por el cinturón de castidad de sus murallas, salió una carta azul que atravesó la llanada, escaló los montes, saltó el mar y le pidió un retrato, autografiado, al ídolo de la Fémia mundial.

Fué gentil el artista, y otro día, entre la copiosa correspondencia comercial de don Carlos Huerca Overa, se destacó un gran sobre. Con él en las manos, acudió a la esposa.

—Esto será tuyo, ¿verdad? Figurines, como si lo viera.

—¿Figurines? — se extrañó Gloria, y como apercibiera en el sobre la marca, bien conocida, de la manufactura de películas para la que filmaba John, rectificó en seguida:

—¡Ah, sí! Son figurines, seguramente. Pedí unos por un anuncio que vi...

Y desde entonces, la traición. Una traición espiritual y, por lo tanto, más innoble, quizás; más innoble por que se oculta más y es imposible al traicionado descubrirla. ¡Fueran máculas en el cuerpo, y el burlado se apercibiría!..

Cuando volvió a quedar sola, ido el esposo a su oficina, o a su partida del Casino, del todo confiado y casi alegre, Gloria dióse a pensar en su traición, que Carlos no merecía.

No merecía, no, el ultraje el buen hombre trabajador, honesto, sencillo y dulce, que nada le parecía suficiente para su mujer.

Para su pobrecita mujer, que, a pesar suyo, se moría de tedio bajo el cielo plomizo de la ciudad, con demasiados monumentos y excesivas piedras viejas.

Y la traición llegó a quemar en las cartas. La última de él, era ya algo más que la fórmula sabida de memoria por el secretario para contestar a señoritas sentimentales.

“Mi españolita bella — decía — mi última película, de ambiente español, es mi homenaje a ti. Tardarás en verla, pero te mando las fotos de algunas escenas. Fíjate cómo encima de la mesa de lo que figura ser el despacho del protagonista — mi despacho — hay un retrato tuyo, al que he besado muchas veces. Sólo tú, que lo sabes, podrás distinguirlo en la pantalla y darte cuenta, así, de cómo te quiero”.

Luego, a seguido, el párrafo tremante, abrasador... comprometedor.

No sería un cuento cinematográfico este cuento, si en él no ocurrieran las cosas muy de prisa, o, mejor dicho, si al autor no se le permitiera someter a su antojo al tiempo y al espacio.

Así, pues, demos un salto para reencontrar a nuestra heroína, a quien dejamos antes con una carta abrasadora de pasión entre las manos, y el recuerdo de otras cartas pasionales en la mente.

De ese antes escrito tan aprisa, hasta ahora, van dos años transcurridos. Durante ellos, otras tantas veces el señor don Carlos Huerca Overa ha figurado en las notas de sociedad de “El Eco del Comercio”, como feliz padre de un robusto niño.

Dos hijos. Dos ángeles. Dos soles, que han disipado todas las brumas y han hecho que a la madre le parezcan bonitas las piedras viejas y un agradable fenómeno la lluvia.

De su locura, rota la cadena de sus cartas, quedan sólo las cartas de él, apremiantes, encendidas, llenas de súplicas y de dolor.

John Wladymor no se acostumbra a la idea de perder para siempre el amor de la españolita bella.

Y escribe un día:

“Este olvido tuyo, que no merezo, me costaría la vida. Bien poco, pues que mi vida nada vale sin ti”.

Y otro:

“Nada podrá oponerse a nuestro amor. Si por algún obstáculo, sea el que fuere, no me escribes, yo lo sabré vencer.”

Y otro:

“Hasta el infierno descendería para arrebatarte de unas llamas que no fueran las de mi amor”.

Y es cada carta una tortura para Gloria. Y a cada carta se nubla el sol de su felicidad y tornan las brumas a su cielo. Y ve su hogar posiblemente deshecho por su lejana locura...

Final. Final precipitado. Final de película. Lo preciso para que la marca surja en seguida, rutilante en la pantalla.

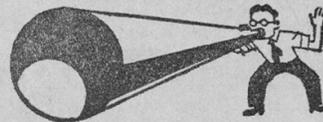
Una mañana, Gloria Hernando apareció muerta en su habitación. Se había abierto las venas con una hoja de afeitar.

La noche antes, “El Eco del Comercio” había publicado esta gacetilla:

“Según leemos en un periódico de la corte, próximamente llegará a Urbegrís una compañía de artistas cinematográficos norteamericanos, con sus correspondientes directores y operadores, para filmar los exteriores de una película de ambiente español, que se está preparando.”

Entre los actores que serán nuestros huéspedes, figura John Wladymor, el galán joven de fama universal”.

DOMINGO DE FUENMAYOR





LA FAMOSA ACTRIZ SUECA GRETA NISSEN, QUE HA FIRMADO CONTRATO CON LA FOX FILM, DESPUES DE NO POCAS VACILACIONES Y CABILDEOS.

El Día Gráfico

JUEVES CINEMATOGRAFICOS

NUM. 42 1927 DIBRE, 22

FLORENCE VIDOR

La actriz de la Paramount que tiene un aire más distinguido y que viste con mayor elegancia, a juicio de un técnico francés.



«EL CHICO DE LOS ZAPATOS DE CHAROL».—Una escena de esta película, en que se enfrentan Richard Barthelmess y Mally O'Day.

DOS ESTRELLAS.—Norma Shearer y Dorothy Sebastián, a cuál más bella, son honra y prez del elenco M. G. M.



¡ELLA!
UNA INTERESANTE ESCENA DE «EL DEMONIO Y LA CARNE», EN QUE TOMAN PARTE GILBERT Y GRETA GARBO.



EMIL JANNINGS
EL GRAN ACTOR ALEMÁN EN UN EPISODIO DE SU PRIMERA PELÍCULA AMERICANA: «EL CAMINO DE LA CARNE»



¿QUIEN DA MAS?
UNA INTERESANTE ESCENA DE LA PE-
LIQUILA M. G. M., «EN PUBLICA
SUBASTA»



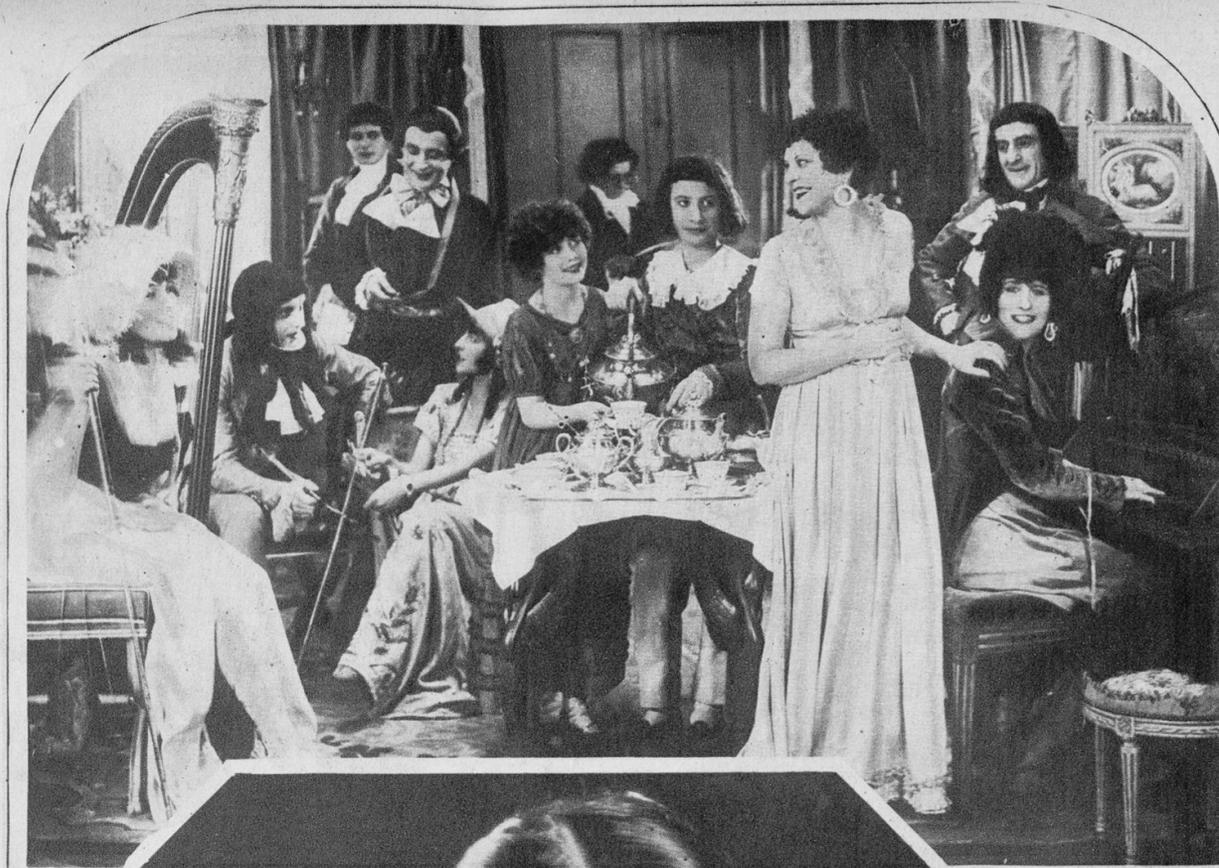
MADGE BELLAMY
LA BONITA AOTRIZ DE LA FOX,
EN UNA ESCENA DE «EL ESTUDIO
SECRETO».



PATSY RUTH MILLER, genial artista que en todas las producciones «Selecciones Gran Luxor Verdaguer obtiene gran éxito»



BELLE BENNET Y PHILIPPE DE LACCY, EN UNA ESCENA DE «MADRE MIA»,
 PELICULA DE LA FOX.



BAJO EL DIRECTORIO
 Una escena de la superproducción francesa
 «Napoleón», dirigida por Abel Gance.



MARSIORIE BEETE
 que acaba de elevarse al rango de estrella,
 bajo los auspicios de la Fox.



UN ARTICULO INTERESANTE

La danza de los millones de dólares

El señor Sargent, redactor en jefe de la "Moving Picture World", ha publicado un interesante artículo acerca de la situación actual de la industria cinematográfica en los Estados Unidos. Por lo que de estudio del cine tiene, reproducimos algunos párrafos de aquel documento escrito, que dice así: "Durante los últimos años la tendencia ha sido en el sentido de decoraciones cada vez más lujosas. Ya para el 1909, cuando las antiguas compañías no se preocupaban grandemente de la perfección y a veces se pintaban los muebles en el decorado, la Vitaphone solía jactarse de que en ocasiones usaba dos habitaciones para un decorado. El autor de este trabajo recuerda la algarabía ocasionada en el 1909 porque la Essanay produjo una cinta de mil pies impresionada toda de seguida y con el mismo decorado. No se trataba más que de un experimento consistente en fotografiar un acto de variedades, pero era de oírse el clamor de los exhibidores, quienes consideraban que la Essanay los había defraudado al ofrecerles una cinta en la que no aparecía más que un decorado. ¡Algunos llegaron a pedir que se les devolviera su dinero!

Cecil De Mille fué el primero en aprovechar esta idea en sus pseudo representaciones del mundo social, en las que su principal objeto parecía ser el de amontonar en cada escena el mayor número posible de muebles y decoraciones sin obligar a los actores a caminar por encima de las butacas y las mesas.

Sus películas de sociedad produjeron un rendimiento enorme. Fascinaba el gusto de los millares y millares de personas para quienes una "chaise longue" era la última palabra en materia de elegancia y una pajarera de mimbre el sello característico de los millonarios. A partir de aquellos días, cada decoración tenía que medir veinte pies de elevación y ser tan ancha como lo permitiera la enfocación de la cámara. Como consecuencia de ello, las fábricas de muebles se vieron obligadas a trabajar día y noche para satisfacer la demanda de los estudios cinematográficos.

Después vino Herbert Brenon con su película de Annet Kellerman. La Fox le puso en las manos 50,000 dólares, le dió los pasajes y su bendición para que fuera a hacer una cinta notable. A su debido tiempo Brenon pidió por cable más dinero y la compañía, para salvar los primeros 50,000 dólares, tuvo que mandárselo.

Esta resultó otra buena idea para los directores. Desde entonces solamente los Harpagonese deseaban hacer películas económicas. Un buen director gastaba en la mitad de la película el dinero disponible para la cinta entera, y pedía más—que no tardaba en ofrecérselo.

Von Stroheim gastó más de un millón de dólares en "Esposas impru-

dententes" y De Mille otro tanto en sacar del cautiverio a los Hijos de Israel, de modo que hubo necesidad de acudir en su ayuda para que terminara la parte moderna de "Los diez Mandamientos".

Nadie sabe a punto cierto cuánto cuesta "El Rey de los reyes" y el coste de "Ben Hur" se calcula en sumas fantásticas, aun cuando hay que reconocer que Fred Niblo no es responsable del desperdicio de mucho de ese dinero.

Mientras tanto, comenzó a surgir el oleaje de los expertos. Muchas películas presentaban inconsistencias manifiestas. Un puñado de personas podía darse cuenta de que en una cinta cuya acción se desarrollaba en el 1916 aparecía con una matrícula del 1923. Alguien protestaba contra el uso de rifles modernos en una representación de la guerra de Secesión. Otros lamentaban los pequeños defectos técnicos de que adolecían la mayor parte de las cintas. Y así se llegó a reconocer la necesidad de introducir un director técnico.

Presumiblemente conocedor de todo, éste no lo era tal en realidad, y tuvo que establecer un cuerpo de investigación que estudiara el medio y la época de los argumentos, a fin de establecer si el Rey Enrique VIII mascaba chicle de menta o de regaliz, o si no mascaba nada.

Tras el director técnico vino el director artístico, que a su vez requería los servicios de un arquitecto, y no tardó mucho sin que se reconociera la necesidad de un perito en iluminación.

Hace años comenzó a manifestarse una tendencia a preferir los argumentos tomados de novelas y de dramas a los originalmente escritos para el cine, pero más tarde se descubrió que estos se prestaban mejor para los fines cinematográficos. Entonces se suplementaron los antiguos "argumentistas" con escritores famosos, y durante una época se sometieron centenares de escritores y periodistas a un período de aprendizaje especial: escritores y periodistas que recibían de tres a diez veces la recompensa que se acostumbraba pagarles a los argumentistas. La mayoría de estos escritores fracasaron tan palpablemente, que al cabo de algún tiempo hubo que despacharlos; algunos dieron resultados satisfactorios, y otros, a pesar de su dudosa eficacia, continuaron derivando sueldos. Luego vinieron los directores de directores, o superdirectores, considerados como la última palabra en materia de producciones cinematográficas, cuya misión consiste en supervigilar la labor de cuatro o cinco directores. Los superdirectores tenían, que ser más competentes que los directores, y para demostrarlo así, exigían mayores sueldos.

Al fin, la ocupación de recortar "editar" las películas se elevó a la categoría de profesión, y hoy cada recortador está firmemente convencido de que, de no ser por el hábil ejercicio de sus tijeras, la industria cinematográfica estaría en la más espantosa ruina.

El dinero ha pasado a ser el criterio de acuerdo con el cual se mide todo, o sólo se fomentan la extravagancia y el desperdicio, sino que se exigen. Hace poco que una compañía norteamericana trajo a Hollywood un renombrado director europeo. Acosumbrado a la rígida economía de los estudios de Europa, en donde se le dice a un director que no puede gastar más de una suma determinada, porque no hay más que una suma disponible, éste esperaba moverse con un poco más de holgura en la tierra de la abundancia, libre de mezquindades.

Al efecto, proyectó su producción en una escala que consideraba gigantesca. ¡Se proponía gastar el doble de lo que había gastado en la película cuyo éxito había dado lugar a que se le trajese a los Estados Unidos!

¡Sus planes fueron tratados casi con desdén por el superdirector! Se le dijo claramente que había que gastar más; ¡no que se "podía", sino que "había" que gastar más! La compañía no podía permitir que se dijera, ni siquiera en el círculo del estudio, que el afamado y costoso director europeo había gastado menos en su gran producción que un director cualquiera en una película corriente.

El nuevo director aceptó los nuevos planes y comenzó a trabajar, ensayándolo todo esmeradamente para, fiel a su educación europea, obtener los mejores resultados desde la primera impresión. En la cámara de proyección, el superdirector rechazó todas aquellas primeras impresiones. ¡Había que tomar nuevas vistas! El segundo día se dedicó a repetir el trabajo del segundo. Al fin el superdirector decidió que estaba satisfecho. El director, sin embargo sigue convencido de que las primeras fotografías eran las mejores. Y sin duda lo eran. Las había hecho con el mayor esmero y, natu hecho con el mayor esmero y, natu mo. Lo más que podía esperar era ofrecer variaciones. ¡Así se desperdiciaron dos días en obtener algo inferior a lo que se había logrado desde el primer momento!

Así dice el señor Sargent. Por nuestra parte, nosotros preferimos esta danza de millones de dólares que, diga lo que quiera el jefe de Redacción de la "Moving Picture World", va en beneficio de las películas y, por ende, del público, que aquella mezquindad de la prehistoria cinematográfica, en la que se pintaban las sillas en las paredes de papel de los palacios de guardarropía.



La señorita «star» ha quedado pensativa en un descanso. La señorita «star» ha llegado ya a dominar la eum-bre dorada de sus sueños.

Los varones de ambos Continentes, solicitan, en todos los idiomas, el amor de la señorita «star». Mozos románticos—aún chambergos, todavía melenas—y banqueros bien nutridos, le ofrecen sus presentes más caros. Los unos, el corazón y los versos; los otros, el carnet de cheques, dentro del que están la «villar» en la Costa Azul, y el «auto» maravilloso y la mara cibelina; lo que tiene cada cual.

En todas las garzoneras y en todas las vitrinas de las tiendas de modas y banalidades, sonríe la boca mímica y mínima de la señorita «star», en los «bibiéts», en los retratos, en los rostros contrahechos de los maniqués, bajo los sombreros que ella creó.

Pero ahora, pensativa la señorita «star»—recuerdo gentil de «El Pensador», de Rodin—, no sonríe. La realidad no es el retrato, ni el bibelot, ni el muñeco del modisto.

¿Qué pensará la señorita «star», sobre el atributo circense que semeja el taburete donde está sentada, apenas dentro de la falda blanca y corta, como unos convencionales zaragüelles?

¿Problema sentimental? ¿Preocupación financiera? La señorita «star», con sus brazos desnudos y sus piernas levemente cercinadas, es misteriosa como una esfinge.

ARGUMENTOS DE PELICULAS

EL VAGABUNDO POETA

Película de "Los Artistas Asociados", por John Barrymore

Mago del ritmo, orfebre de la rima, de fácil pluma y de estro inagotable, Francisco Villón supo hacer sus esclavas a las musas. No había en su tierra vate más popular, y el propio Luis XI tenía por el mejor versificador de París; pero también le reputaba el truhán más insolente de su reino.

Y no pecaba de erróneo el egregio parecer; que la popularidad de Villón no consistía sólo en que el vulgo recitase de memoria sus composiciones, sino en que vivía en contacto permanente con el más ínfimo sector del pueblo. Increíble paradoja viviente, el espíritu que se remontaba al ideal en vibrantes estrofas—vigoroso batir de alas de la fantasía—, al descender a tierra se refugiaba en la plebe como en su elemento natural, y era oficiante del vivir hampón y gallofero, y en su actuación de vagabundo no desafiaba, incluyendo la de buscón, ninguna de las prácticas de los héroes de la picaresca.

Una virtud tenía Villón entre tanto vicio: su fervor de patriota. Sus propias diatribas contra Francia, hijas eran de lo mucho que la amaba (¿no castigamos los defectos de los seres queridos?) y rara vez faltaba a su corazón un latido para las mujeres francesas, y siempre hallábase dispuesta su garganta a ingerir, sin tasa ni medida, el vino francés.

Este excelso apasionado de su cuna, amalgama de pícaro y poeta la-



DOLORES DEL RIO

drón y borracho, aclamado rey de los Locos por la chusma que como a soberano le acataba y le adoraba como a ídolo, paseaba en el Carnaval de mil cuatrocientos sesenta y... su efímero reinado de una noche por las calles de París. Un tintero por corona y hecha clownesca su faz en fuerza de postizos y pinturas inverosímiles, Villón había pedido un caballo, estimando patrimonio de la realeza no caminar a pie como los simples mortales. Entre una greguería aturdidora de gritos y canzonetas de arbitrario texto y ritmo canalla, la muchedumbre, feliz en su vasallaje al poeta, le condujo hacia una estatua ecuestre que perpetuaba, en el centro de una plaza, la memoria de un muerto inmortal. Trepó Villón sobre el corcel bronceo, y cuando la asamblea popular, inconsciente remedo caricaturesco del ágora ateniense, escuchaba la palabra humorística de su vate, varios jinetes de la escolta de Carlos, duque de Borgoña, irrumpieron en nombre de éste entre el populacho, intentando su dispersión. En nombre de Villón, que declaró el alma del duque más deforme que el cuerpo del enano Beppo, bufón de la corte, cayó la masa plebeya sobre el borgoñón, dispuesta a desmontarle de su caballo, propósito que contuvo la inopinada aparición del rey.

Edad en que consejos, patrañas y supersticiones eran cárceles de los espíritus y en que ni las inteligencias que destacaban del nivel gregario librábase de la creencia en acajuradas, maleficios y encantamientos, el propio Luis XI vivía esclavo de las estrellas, en cuyo poder vaticinador tenía ciega fe. Y como las estrellas le hubiesen dicho por boca del astrólogo de palacio, cuán funesta sería para su reino la hostilidad contra su primo, el duque de Borgoña, que codiciaba el trono francés, apresuróse el monarca a castigar las procacidades de Villón con el destierro, y la conminación de la horca si lo quebrantaba, terrible pena para el vagabundo que tenía en París su vida.

La hostería de La Pulga Coja, casi en los aledaños de la capital francesa, ofreció un recinto acogedor al poeta, aliviándole el dolor del extrañamiento la compañía de Juan y Nicolás, sus inseparables camaradas, reclutados entre las nutridas falanges de la briba, el mundo de sus predilecciones.

Mientras tanto, a petición del de Borgoña, Luis XI concedía al conde Thibault d'Aussigny la mano de Carlota de Vauxcelles, que vivía bajo la regía tutela, partiendo seguidamente la joven, escoltada por Thibault, para sus dominios de Vauxcelles, en cuyo

castillo había de tener efecto el marital enlace. Pero quiso el destino desatar sobre el viaje de los prometidos una fiera tempestad, y este no previsto contratiempo forzóles a hacer noche en el mesón en que el desterrado se alojaba.

La noticia, raudamente divulgada, de que La Pulga Coja daba albergue a huéspedes muy principales, espoleó la curiosidad de Villón, el cual, siempre al servicio de su querer las impavides de su audacia, escaló las altas piezas que aposentaban a la pupila del rey. No era la vez primera que cegaba a Villón la belleza esplendente de Carlota; pero ésta sólo había visto al poeta con el excéntrico semblante de rey de los Locos. Los ojos de la hermosa, que posaban en un libro—«Las baladas de Francisco Villón»—alzaronse hasta el recién llegado que interrumpiera su lectura con el aroma de sutilezas de una hipérbole galanteadora... y la conversación recayó sobre el poeta dilecto, inmortal, como Carlota le llamó, lamentando, entre alabanzas de su genio, que estuviese aherrojado en el vicio. La simpatía cautivadora de Villón ganóse la confianza de la doncella, que no ocultó ante él su amargo pesar por la boda que, contra su corazón, el rey le imponía, y a la cual preferiría la muerte.

Incurrió el poeta, por sólo su presencia, en el enojo de Thibault, y la hostería hízose campo de lucha entre los dos enamorados de Carlota. Vencido el conde por un ingenioso ardid de su rival, éste huyó con la bella, en marcha peligrosa, cual equilibrio funambulesco, por los tejados de París, cubiertos de nieve, no sin antes aconsejar al barbero del rey, que dijese a su augusto señor, que tenía el sentido más embotado que las navajas del figaro, puesto que la boda de Thibault con Carlota equivalía a que el borgoñón tuviese un pie en



París, a cuyas puertas el castillo de Vauxcelles se alzaba.

Casi simultáneamente, Villón ponía bajo el amparo de su madre a Carlota, presentada a la anciana como a una dama de la corte, sin razón perseguida, y el barbero hacía ver al rey lo nefasto de una boda atentatoria a la estabilidad de la dinastía, revelándole la trascendental fuga de la ilustre prometida con Villón. Irritó al monarca el saber a Villón en París, burlando su orden de destierro, no obstante apreciar el servicio que, con el rapto de la novia, hacía al trono, y, en argucia encubridora de crueldades, manifestó su gratitud a la buena acción del poeta y su propósito de ahorcarlo para que no le hiciese una mala. Así, cuando Villón, luego de decir a Carlota sus amantes ansias, disponíase a marchar al seguro asilo de la Corte de los Milagros (reino del hampa mendicante, donde se simulaban todas las lesiones orgánicas imaginables para hacer que se oprimiesen los corazones y se aflojasen las escarcelas), una ronda le prendió en el propio domicilio materno, llevándolo ante el rey.

Astutamente eludió el poeta la horca, que parecía inevitable, afirmando que 24 horas después de su muerte, según estaba escrito por mano de los hados infalibles, ocurriría la muerte del soberano. Y Luis XI, cautivo de la superstición, candorosamente crédulo, no sólo conservó la vida de Villón, sino que le ofreció la hospitalidad fastuosa de palacio, imponiéndole restricciones en todo lo que juzgó nocivo para la egoístamente amada existencia del pícaro genial.

Efímera como sueño de una noche, fué la grandeza del cortesano de Villón. Acababa de dejar los jardines de palacio, interrumpido en su coloquio de amor con Carlota por el llamamiento del rey, que temía que el relente dañase a su huésped, cuando trémula, azorada, el espanto en el rostro y en la voz la angustia de una horrible visión reciente, precipitóse en la regia cámara una dama palatina y dijo que Carlota había sido robada por los hombres del duque Carlos. Estalló, irreprimible, la ira del monarca; pero la afirmación del astrólogo de que aún no aconsejaban las estrellas la ruptura con Borgoña, volvió la regia indignación contra el poeta, que intentó oponerse a los designios astrales.

Expulsado de la corte cuando apenas había paladeado las mieles de la



holganza dorada, de dulzor más intenso que la de su vida habitual, Villón tornó a la afección de los pordioseros, a quienes para tener en Vauxcelles gente adicta, encareció la esplendidez de la boda que en su castillo había de celebrarse. Y, dispuesto a rescatar a Carlota, prisionera de Thibault (hasta el momento de la ceremonia nupcial) en la torre más alta de su propio castillo, partió hacia éste, después de encargar a Juan y a Nicolás que le buscasen, si a la hora no había vuelto, o le vengasen si hallaba en su empresa la muerte.

Retador del peligro, el ídolo popular comenzó su ascensión temeraria hacia la torre, asiendo a los resaltes de los sillares del muro; y muy alto había subido ya, cuando le derribaron herido, las flechas de los arqueros borgoñones. Llevado ante el duque, fué condenado por éste a un suplicio inenarrable. Sobre su torso desnudo cayeron, despiadados, los flagelos; y lejos de cesar el castigo cuando surcó la sangre, en hebras purpúreas, la piel de la víctima, hízose más rudo, más inclemente, dejando que la hoguera fuese bárbaro cauterio de las recientes heridas. La sorprendente resistencia física de Villón cedió ante la ferocidad del salvaje martirio. Su cuerpo exánime fué encerrado en una jaula y elevada ésta, por medio de poleas, hasta la altura del encierro de Carlota, para gozar con la tortura del alma femenina en la última cita con su poeta, como dijo el duque, con sarcasmo inmisericorde. Y el cuadro de dolor anuló la estesia de la dulce enamorada.

No mucho después, Carlos de Borgoña dirigía la palabra al pueblo, congregado ante la gradería exterior del castillo. Con provocativa jactancia afirmó que el inminente matrimonio plantaría a la vista de Luis XI la bandera de Borgoña; y, resuelto a sofocar por el terror todo intento de rebelión pública, hizo descender la jaula que encerraba a Villón, para mostrar la suerte reservada a quienes se opusieran a su voluntad omnipotente. Salió el poeta, ya recobrado, de su férrea prisión, y en sus labios

vibró el apostrofe contra sus traidores verdugos. Hirvientes en su corazón sentimientos de patriota, de amante y de hombre, rugió su viril protesta contra las ansias voraces del lobo de Borgoña, intolerables para un pueblo que había sabido arrojar del solar patrio al león inglés... Los acentos de su santa indignación tuvieron la virtud de producir en las almas un sacudimiento de extrañas pasividades. Un bronco murmullo de oleaje encrespado, rodó por los ámbitos de la plaza henchida de multitud. Se contrajeron los semblantes en hoscos gestos de mortales amenazas. Crispáronse las manos, en instintivo movimiento, sobre los puños de las espadas, sobre los mangos de los cuchillos... y la muchedumbre hubiese cerrado, con ímpetu de avalancha, contra los borgoñones, de no haberla detenido una voz imperiosa, de tono irreplicable: la voz del rey.

Un silencio religioso aguardó el fallo sancionador de los posibles desmanes y las desleales codicias de Carlos de Borgoña; pero Luis XI discernió a Villón la facultad sentenciadora. Más piadoso el poeta que, lo fuera con él su verdugo, sólo le impuso la humillación de implorar la merced de su corte de Locos. Y mientras el duque era objeto de mofa de las turbas a quienes intentara oprimir, Villón se dirigía a palacio, vuelto otra vez a la gracia del monarca.

Sin embargo, no autorizó Luis XI, por morgánica, la unión de su pupila con el poeta; más ella, conociendo que la verdadera nobleza más que en el linaje está en el alma, y viendo la de Villón sublimada por inmortales excelcitudes, renunció en favor del rey a sus dominios de Vauxcelles, y partió con su elegido hacia la suprema dicha del amor.

Y el soberano guardó como un tesoro la pluma del vate, que había hecho más por Francia que todas las espadas de sus caudillos guerreros.

FIN



LOIS MORAN